

PERIODICO ILUSTRADO PARA LOS NIÑOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Valencia: 6 rs. trimestre.—
Fuera de Valencia: 8 rs. idem.
En Ultramar y el extranjero: 80
reales por año.

REDACCION Y ADMINISTRACION.
Calle de San Cristóbal, 8, entre-
suelo.

DIRECTOR Y PROPIETARIO:

DON ROBERTO IRANZO PALAVICINO.

Valencia 10 de Agosto de 1871.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración del periódico; en la imprenta de Ayoldi, Cabillos, 7; en la librería de Badal, plaza de la Constitución, núm. 4; en la de Aguilar, calle de Caballeros, número 1, y en la de Marjiana y Sanz, Hierros de la Lonja, núm. 7.

Año I.

SUMARIO.

Refranes castellanos (con grabado), por D. Roberto Iranzo Palavicino.—El huérfano, poesía, por D. Juan B. Pastor y Aicart.—La embriaguez, cuento (con grabado), por D. Roberto Iranzo Palavicino.—La peonza rota, fábula (con grabado), por D. Rafael Aparici y Putg.—Los libros, por D. Teodoro Guerrero.—Hernando y Victorina, cuento, por D. Víctor Iranzo y Simon.—La Biblia de los niños, por D. Salvador María de Fábregues.—Variedades.

REFRANES CASTELLANOS.

(Mas cura la dieta
que la lanceta.)

I.

En la casa del Sr. Lopez hay una barahunda
que nadie se entiende.

Son las primeras horas de la mañana, y los criados se apresuran, unos á quitar el polvo al magnífico moviliario que adorna la casa, otros barren y lavan los pisos; ¿y en la cocina? en este departamento, Hermógenes el cocinero tampoco está quieto: sabrosos guisos se confeccionan bajo su direccion; esquisitos dulces está preparando para la hora de servir la comida á sus amos.

Estos tampoco están en inaccion.

El Sr. Lopez, acaudalado banquero, deja al cuidado de su esposa los quehaceres domésticos, porque sabe que basta la inspeccion de aquella, y trabaja, como de costumbre, en su despacho, demostrando, empero, que la alegría le embarga por completo.

Y para ello tiene sobrados motivos.

En un mismo día vá á celebrar los del santo de su querida esposa Fermina y el de su precioso hijo Fermin.

De Fermin, que es un travieso niño, y que junto con sus hermanos Diego y Manuel se hallan con Doña Jacinta en una habitación, imposibilitándola con sus gritos, saltos y algazara, que esta señora pueda lavarlos y vestirlos á su gusto; porque Doña Fermina, ni aun en los días de su santo deja de hacer por sí misma una operación que, además de ser higiénica, embellece más á sus pequeños, toda vez que consigue vestirlos á su gusto, y no permite que lo ejecuten manos mercenarias, las cuales lo hacen de mala manera, cuando no visten con un traje nuevo, un calzado viejo, ó vice-versa.

¡Gracias á Dios!—dice Doña Fermina,—que os veo vestidos. Cuidado, Diego, con que te deshagas el lazo de la corbata. Manuel, cuida de no mancharte el pantalón; cuando te arroddilles en la iglesia házlo encima del pañuelito; y tú, Ferminito, ¿qué haces? ¿te veo completamente desarreglado?

—¡Me aprieta mucho este cinturón! ¡la chaqueta está muy justa! contestó lloriqueando Ferminito.

—Eres incorregible, hijo mío—le dijo su madre,—el que más me dá que hacer de todos tus hermanos.

—¡Tengo hambre! dice el niño.

—¡Hambre! hambre, y á poco no nos deja bizcochos cuando nos hemos desayunado, dice Manuel á su madre.

—No es verdad; si solo he tomado cuatro, contesta llorando Fermin.

La madre, que conocía la glotonería de Fermin, creyó desde luego á Manolito, y se preparó para evitar que una indigestión pusiera término á los excesos que en aquel día pudiera cometer su hijo.

—Ya estais corrientes, ahora marchad á ver á vuestro papá, y decid á Jacinta que venga á cambiar de traje.

Los niños marcharon, y pocos momentos después la hermosa niña se presentaba ante su madre.

II.

Jacinta era una niña sumamente buena, aplicada, laboriosa, y casi una mugercita, por el sano juicio con que llevaba á cabo todos sus actos.

Nada dió que hacer á su madre, y pocos momentos después estaba vestida elegantemente.

—Tú, que eres más juiciosa que tus hermanas—la dijo Doña Fermina,—cuida que no se escedan comiendo golosinas; sobre todo, al que

más debes cuidar es á Fermin, pues los convidados me impedirán vigilarle.

—Con el mayor gusto lo haré—contestó la niña:—ya sabe V. que yo lo saqué el día que se escondió en la despensa.

—Día que no olvidaré—dijo Doña Fermina;—aquel día, á no haberlo tú visto, el atracon hubiera sido mayor, sin embargo que le costó un mes de cama. Corre á besar á tu padre, que voy á mudarme este vestido.

La niña obedeció inmediatamente, y al momento se encontró en brazos del Sr. Lopez.

III.

Allí se estaba representando una escena diferente.

—Quiero obsequiaros hoy—decía el Sr. Lopez á sus hijos,—regalándoos los juguetes que me pidais.

—Yo quiero un caballo de máquina, dijo Diego.

—A mí me gustaria una bonita caja de juegos que contenga una porción de ellos, se apresuró á decir Monolito.

—Lo que deseo, papá mío, es un bastidor para bordar ¡los hay tan bonitos! dijo á su vez Jacinta.

—¿Y Ferminito, qué desea en sus días? le preguntó el Sr. Lopez.

—Yo, un duro para comprarme un.... contestó Fermin.

—Para comprar golosinas, le interrumpió su padre.

Ferminito se quedó corrido viendo que habían conocido su intención; pero subyugado por la severa mirada del Sr. Lopez, contestó:

—Lo que V. quiera, papá: un cochecito para que me arrastre *Leal* por el jardín es cuanto deseo.

—Concedido, menos la segunda parte: *Leal* está para guardar el jardín, no para arrastrar tu coche.

IV.

La voz de Doña Fermina se dejó oír y puso término á las peticiones de los niños. Estos, acompañados de sus padres, marcharon á oír misa á la cercana parroquia.

V.

Los señores de Lopez tuvieron el placer de tener en mesa á sus hijos, parientes, amigos íntimos, como también á sus dependientes. La más franca alegría reinó en aquella casa aquel día, dejando á sus comensales satisfechos de la amabilidad de los anfitriones.

Aquella tarde, en el jardín de la casa, los niños se entretenían con los juguetes, regalos de sus papás, siendo de notar que Jacinta, sentada

sobre un banco, comenzaba á bordar unas zapa-
tillas para el Sr. Lopez.

Solo un pequeño disgusto turbó tanta dicha;
la indisposicion de Ferminito, que sin embargo
del escetivo cuidado de su hermana, comió con
esceso, y hubo necesidad de meterlo en cama.

Se llamó al médico, y éste señor, luego que
lo examinó, solo dijo estas palabras:

—¡Lo de siempre!

Despues, en una pieza contigua á la que es-
taba el paciente, habló así á sus padres:

—Si no tratan VV. de corregir la glotonería de
Ferminito, mucho me temo que en una de estas
indigestiones, no encuentre la ciencia remedio
para salvarle.

Tan luego se despidió, los señores de Lopez
trataron seriamente sobre la advertencia del fa-
cultativo.

—Nada, no hay contemplacion alguna; desde
hoy, con la racion que le señalaré, no podrá des-
mayarse.

VI.

Al siguiente día comenzó un nuevo régimen
para Ferminito. Sus hermanos, los criados todos,
tenian órdenes muy severas del Sr. Lopez, res-
pecto á los alimentos que habia de comer el niño.

Este, que era dócil, y comprendió que su
glotonería le proporcionaba muy malos ratos y
continuas enfermedades, se abstuvo de tomar
alimento alguno fuera de las comidas ordinarias;
con esto consiguió una salud escelente, estar mas
ágil, dar gusto á sus padres, y motivo para que
la hermosa Jacinta le dijese un dia al notar cuán
parco era en comer:

—No olvides aquel refran: *Mas cura la dieta
que la lanceta*; desde que sigues el plan de papá
no hemos visto por aquí á D. Práxedes.

Don Práxedes era el médico de la casa.

Roberto Iranzo Palavicino.

EL HUÉRFANO.

Cruza la vida llorando,
Llenó de penas el pecho,
Y en llanto arrasan tus ojos
Tu inmensa pena y tu duelo.
Solo una tumba te guarda
De una esperanza el recuerdo;
Solo en sus flores marchitas
Hallas de cariño un beso;
Solo en la cruz de esa tumba
Ves de otra vida el reflejo,
Y en las preces de tus labios
La fé que aviva el consuelo.

Cruza llorando la vida
En Dios siempre el pensamiento,
Que El calmará la amargura
Que siente el alma del huérfano.
Cruza la vida llorando
Aunque los hombres sonriendo
Hagan burla de las penas
Que te desgarran el pecho;
Cruza del mundo el camino
Como cruza el marinero
La mar, sin temer las olas
Que vá levantando el viento;
Cruza sin temor el mundo
Mientras el vate á tus ruegos
Une las trovas dolientes
De su corazon enfermo;
Crúzalo, que ¡ay! en la vida,
Solo llorando podemos
Endulzar las amarguras
Que saturan nuestro aliento;
Crúzalo cual yo lo cruzo
Siempre en el alma sintiendo
Un dolor, que no se estingue
Aunque mi llanto renuevo;
Que así las almas son dignas
De alcanzar el alto premio
Que á la esperanza que llora
Concede Dios en el cielo;
Que así cruzando la vida
Lleno de penas el pecho,
Alcanza el desamparado
Para esas penas consuelo.

Juan B. Pastor Aicart.

LA EMBRIAGUEZ.

CUENTO.

Chiquito era un loro de verde plumaje y pico encor-
vado, que hablaba mas que un sacamuelas. Habia sido
traido á la península por su antiguo amo D. Juan, quan-
do cesó en el destino que desempeñaba en Puerto-Rico.
Este señor, cansado de las habladurías y alharacas del
animalejo, lo regaló á una señora, que recibió á Chiqui-
to como un rico presente. Jaula nueva con remates do-
rados, colocada sobre un trípode, para que Chiquito
pudiese ver con comodidad, desde el balcon, á los tran-
seantes, picadillo de garbanzos, azúcar en terron, cho-
colate, todo lo tenia el loro.

—Cuidame á Chiquito, encargaba la señora á su sir-
vienta, cuando salia de casa.

—No olvides la comida de Chiquito, repetia á la misma
varias veces al dia.

Y todo era en aquella casa para pico de oro, como le
llamaba, que en pago de tantos obsequios, decia con su
ahuecada voz, presentándole una de las patas á su ama:

—¡Lorito real! ¡pobre lorito, que lo sacaron de Puerto-
Rico!

Y aquellas palabras deleitaban á la buena señora; pe-
ro cuando la alegría de ésta no tenia límites, era si le
oía remedar con su charla al vecino Paquito, niño de
seis años, que, algo rehacio por ir á escuela, siempre llo-
raba al llevarlo el criado.

—¡Yo no quiero ir á escuelaáaa! ¡no quieroooo! decia Paquito.

Y Chiquito, como si se burlase del niño, repetia las mismas palabras, palabras que hacian asomar la risa á los lábios de su ama y á cuantos le oian.

Una mañana, la sirvienta, que era algo golosilla, aprovechando la ausencia de su ama, marchó á una alacena, estrajo una botella de rico moscatel, un plato de bizcochos y comenzó á empaparlos en el vino.

Saboreando estaba tan sabrosa mezcla, cuando un fuerte campanillazo le previno que su ama estaba en la puerta. Turbada y confusa, no sabiendo donde esconder la golosina, toma el plato, y lo coloca en el balcon junto á la jaula de Chiquito. Poco rato despues, y mientras el ama y criada se ocupaban en los quehaceres de la casa, abre el loro la puerta de la jaula y volando con dificultad, se coloca junto al plato.

El olorillo del vino y los bizcochos escitan su apetito, y picoteando una vez, y luego otra y otra, concluyó por comerse dos bizcochos empapados en vino. ¡Qué ricos están! decia para su plumaje; ¡qué buen gusto tiene Fe-

Se levantó muy despacio *Cadi*, que así se llamaba el gato, y poco á poco se acercó al beodo, y le dijo:

—¡Duerme la mona!

—¡Lorito real! ¡ay, pobre lorito, que lo sacaron de Puerto-Rico!

—Eres turco y no te creo, le contestó el gato.

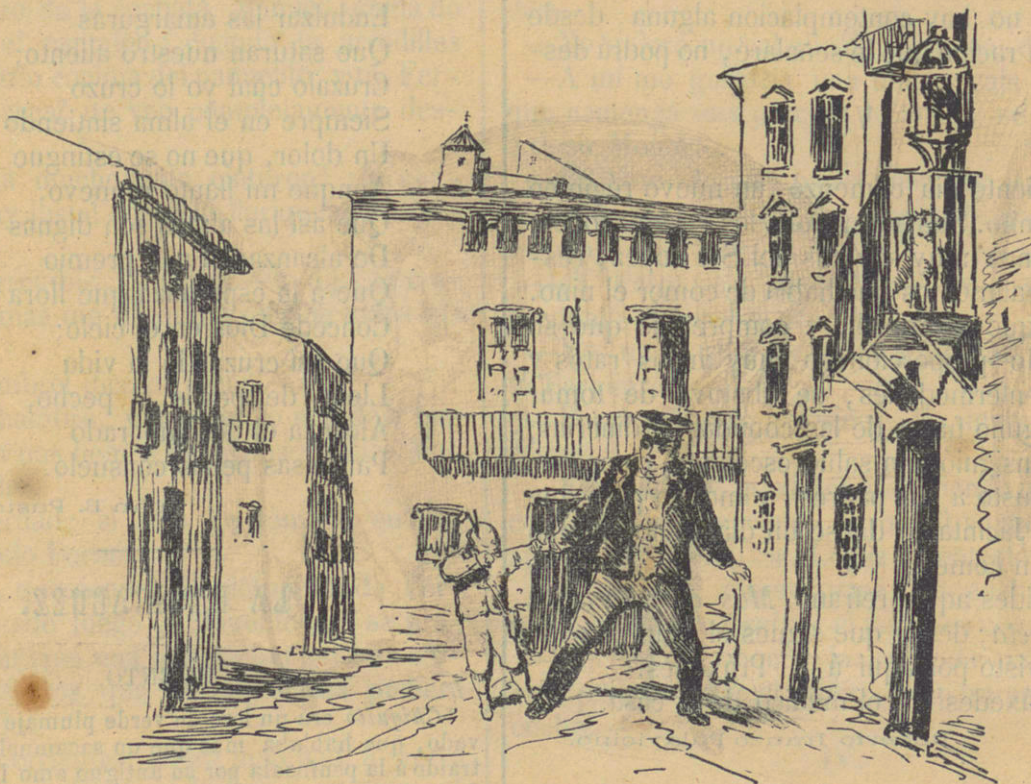
Y gato y gilguero despreciaron al loro, avergonzados de tener un compañero que se embriagaba.

Su ama no supo nunca la borrachera de Chiquitin, solo observó con sorpresa, que el loro se iba quedando paulatinamente sin pluma. Cuando le quedaban muy pocas, y al ir á darle una pastilla de chocolate, encontró un dia á Chiquitin patas arriba.

La borrachera le hizo adquirir una enfermedad que poco á poco le acarreó la muerte.

Huid, niños, de este feo vicio; apartaos siempre de las ocasiones en que se suele abusar de los licores, y no os vereis como Chiquitin, despreciados de vuestros amigos, ni acortareis como él en breve tiempo vuestros dias.

Roberto Iranzo Palavicino.



—¡Yo no quiero ir á escuelaáaa! ¡no quieroooo! decia Paquito.

lipa! y ya el plato vacío, se relamia el pico, para recojer algunas partículas de bizcochos que quedaron pegadas á él.

Cuando concluyó, apenas pudo, encaramándose á los travesaños del trípode, llegar á la jaula: estaba borracho.

El vino habia operado un gran cambio, el oro de su pico se convirtió en el mas despreciable metal. Si antes disparataba, ya borracho ensartaba tantos y tantos desatinos, que llamó la atencion de un gilguerillo que, colgada su prision de un escarpin, se burló de su compañero diciéndole con sus trinos:

«Pi, pi, pi, qué musulman
Pi, pi, pi, tenemos aquí.»

Y el gato, que dormia á pierna suelta, despertó sobresaltado á los desentonados graznidos del loro, que en su borrachera olvidaba el recogimiento y silencio que tanto gustaban á su ama.

LA PEONZA ROTA.

FÁBULA.

Quien ama el peligro
perece en él.

Un muchacho cierto dia
A la peonza jugaba,
Y cada vez que la echaba
Con tanta fuerza lo hacia,
Que un fuerte golpe la daba.

Mas una vez fué tan fiero
El que contra el suelo dió,

Que en mil pedazos saltó;
Y en tono muy lastimero
El niño así se quejó.

«Papá, de qué ruin madera
Hecha la peonza estaba,
Que mire V.» y mostraba
Los pedazos que cogiera,
Mientras triste sollozaba.

Mas su padre Don Rodrigo,
Que es en costumbres añejo,
Y aunque en edad no es muy viejo,
Es el mas seguro amigo
Que darle puede un consejo;

Viendo los trozos delante

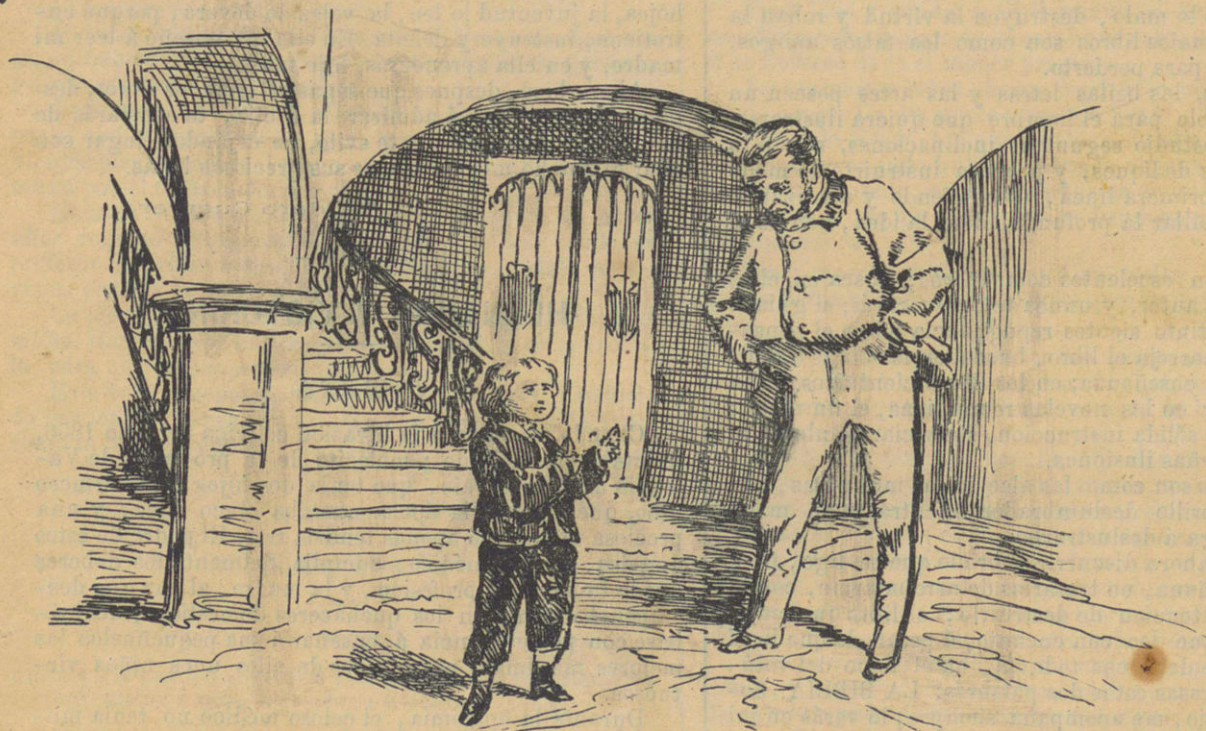
LOS LIBROS.

A TEODORO. (1)

¿Me pides un libro para jugar? ¿Y arrugas las cejas porque me niego á darte el que tengo en la mano? Ven acá, hijo mio; no te impacientes, que la impaciencia es el arranque precursor de la ira, y la ira es una mala pasión que compromete la dignidad del hombre.

¿Quieres el libro para destrozarlo como tu caballo de carton? Ignoras hoy lo que vale un libro, y cuando mañana la razon alumbre tu entendimiento y penetres la importancia de esa coleccion de hojas cosidas que hoy arrancas sin piedad, sentirás una especie de remordimiento que quiero evitarte. Los libros son como las armas de fuego, que no las debe usar sinó el que habiendo aprendido á manejarlas conoce su valor.

Cuando sepas apreciar el pensamiento; cuando en los libros encuentres sabroso pasto para tu afán de instruirte; cuando te halles en estado de conocer el mérito diferencial de los volúmenes que caigan en tus manos; cuando yo te haya inspirado respeto, cariño y venera-



Papá, de que ruin madera
Hecha la peonza estaba,

De esta manera le habló:

«La peonza, Luis, se rompió,
Porque tu fuerza, en constante
Peligro la colocó.

*De esta manera, hijo amado,
El hombre que su juicio
Y su alma tiene entre el vicio,
Del mismo vicio infamado
Perece en el precipicio.»*

Rafael Aparici y Puig.

cion por los grandes autores que perdieron sus años en provecho de la instruccion, entonces te abriré mi biblioteca para que juegues con los libros; entonces volverás las hojas con cuidado, y leyendo y admirando, te iniciarás en los secretos de la ciencia. El deseo de saber, para que te escuchen, y el afán de producir, para que te lean, despertará en tí la noble emulacion, y si Dios se ha dignado reflejar en tu frente un rayo de la luz del genio que guarda para sus escogidos, soñarás con el delirio de estampar tu nombre en la portada de esa coleccion de hojas que hoy quieres romper.

Ignoras, hijo mio, que el mas pequeño volumen es el fruto de muchos años de estudio, de observacion y de esperiencia. Cada pensamiento, por insignificante que aparezca, es el resultado de muchas noches de vigilia,

(1) Del nuevo libro *Lecciones familiares*, del Sr. Guerrero, que saldrá á luz en Madrid dentro de breves dias.

de muchas inquietudes, de muchos sinsabores; se aprende á costa de grandes sacrificios, y no olvides que el menor paso que se dá en el camino de la ciencia deja huellas profundas en el que se consagra á llevar la inteligencia por la senda del progreso. El triunfo de las grandes ideas cuesta siempre la existencia entera de un hombre generoso, que no pide en cambio mas que la admiración de la posteridad; porque la posteridad es el único juez de la inteligencia.

Cuando leas esta página, que tu padre te dedica para inspirarte, en época lejana todavía, el amor á los libros, me darás la razón; entonces habiendo aprendido á discernir, encontrarás en mi biblioteca las obras que debes leer para ilustrarte; con el buen deseo que á todo padre anima, he procurado desechar las lecturas perniciosas, esos libros cargados de malas doctrinas que infiltran el veneno y vician los instintos. No, hijo mío; aprende á estimar el valor de los libros, y escoge lecturas sanas é instructivas; los buenos libros conducen las almas á la virtud por sendas ignoradas, llevan el pensamiento al cielo de la gloria, ensanchando el porvenir, y difunden la luz, desvaneciendo las nubes que producen la oscuridad.

No burles la vigilancia de tus padres y de tus maestros para devorar á solas las páginas de libros inmundos que, enseñando lo malo, destruyen la virtud y roban la inocencia. Los malos libros son como los falsos amigos, que te halagan para perderte.

Las ciencias, las bellas letras y las artes poseen un caudal inagotable para el hombre que quiera ilustrarse; conságrate al estudio segun tus inclinaciones, segun la carrera á que te dediques, y procura instruirte de modo que brilles en primera línea, discurrendo y analizando siempre, para hallar la profundidad de la idea, que es el triunfo.

Los libros son excelentes compañeros; busca en ellos la intención del autor, y nunca te equivocarás; si guiado por tu buen instinto sientes repugnancia hacia el pensamiento capital, arroja el libro, busca en las obras didácticas el fin de la enseñanza; en los libros científicos, el fin de la sabiduría; en las novelas recreativas, el fin moral; y te nutrirás de sólida instrucción, sin viciar tu alma, ni perder tus risueñas ilusiones.

Las ilusiones son como las alas de las mariposas, que conservan su brillo deslumbrador mientras una mano atrevida no llega á deslustrarlas.

Si pudieras ahora discurrir sobre lo que te digo, para que lo leas mañana, no tratarías de arrebatarme, con la irresponsable intención de destruirlo, el libro que tengo en la mano y que leo con encanto, á pesar de que lo sé de memoria. No delectas todavía, en el lomo del volumen están impresas estas dos palabras: LA BIBLIA. Este libro, hijo mío, me acompaña siempre; lo verás en mi biblioteca, en el cajón de mi mesa de noche, sobre mi bufete, dentro de mi maleta. Si fueras capaz de hacerme observaciones, me manifestarías tu extrañeza por la persecución que hago al libro, ó que el libro me hace; pero me prometo que con el tiempo apreciarás la importancia de la Biblia.

Este libro, grande comparado con la pequeñez de los otros libros, pequeño comparado con la inmensidad de su idea, está escrito para todo el mundo; no encierra ambiciones, no ha despertado envidias, nada ha robado, y ostenta en sus páginas los vuelos privilegiados de la imaginación; sin la personalidad de un autor que lo recomiende ni lo desvirtúe, porque se ha escrito solo, está traducido á todos los idiomas, é impreso en la mente del universo.

Cuando tu razón llegue á su madurez y sepas juzgarlo, pregunta al poeta, al pintor, al escultor, si conocen la Biblia, y la sacarán en seguida de su estante para mostrártela con orgullo, con cariño, porque ella es la fuente de sus inspiraciones, el manantial fecundo de sus ideas; las obras inmortales son producto de sus imágenes, son cuadros de sus recuerdos; son la verdad, la poesía, arrancadas de sus hojas, y engalanadas por la pluma, el pincel ó el buril.

Cuando tu amor á los libros, amor que quiero transmitirte, te haya hecho estudiar esas obras inmortales, aprenderás que Milton debe á la Biblia su *Paraíso perdido*, Dante su *Divina comedia*, Racine su *Athalie*, Klopstock su *Mesiada*, Gertrudis Avellaneda su *Baltasar*, Manzoni sus *Himnos sacros*, Rafael su gran *Pasmo de Sicilia*, Murillo su célebre *Concepción*, y Miguel Angel su estatua de *Moisés*, gloria del arte.

La Biblia es un delicioso panorama escrito; no hay en ella una página que no facilite material para un libro; nada sobra porque es la historia de nuestro pasado; desnuda de pasiones, porque no es la obra de un hombre; deleitosa, porque enseña á conocernos; interesante, porque está escrita para todos.

La Biblia no tiene época; es el libro de siempre: es la tradición. El célebre historiador Cantú te dice que es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las gerarquías; posee consuelos para todos los dolores, verdades para cada uno de los tiempos, consejos para cada uno de los estados. En la Biblia se encuentra incesantemente un solo Dios, un solo culto, una raza única, una manera igual de ver las cosas; en lo pasado, no un pasto á la curiosidad, sino todo lo que existe, la unidad; y en lo porvenir el cumplimiento de sublimes promesas.

La Biblia es el primer libro del mundo. La niñez lo hojea, la juventud lo lee, la vejez lo devora, porque entretiene, instruye y deleita. En ella me enseñó á leer mi madre, y en ella aprenderás, hijo mío.

Ahora bien, despues que sepas estimar los libros, despues que aprendas á admirar la Biblia, te asustarás de la doble profanación que te evito, no dejándote jugar con ella, ni mucho menos romper sus preciosas hojas.

Teodoro Guerrero.

HERNANDO Y VICTORINA.

CUENTO.

Cuando comenzaba la invasión cólera del año 1856, habitaba en un lindo pueblecito de la provincia de Valencia un matrimonio, que tenía dos hijos: un hermoso niño, que en aquella época contaba cinco años, y una preciosa niña, que apenas tendría tres. El padre de estos ángeles, que era médico, cumplía fielmente los deberes que le imponía su profesión, y la madre, al par que desempeñaba con afán los quehaceres domésticos, dedicábase con perseverancia á enseñar á sus pequeñuelos las mejores máximas, para hacer de ellos unos niños virtuosos.

Durante la epidemia, el celoso médico no tenía momento alguno de reposo: su deseo por el bien de la humanidad doliente, le hacía multiplicarse, poniendo cuanto estaba al alcance de su ciencia, para arrancar de los brazos de la muerte las víctimas que hacia el huésped del Ganges.

Pero sucedió que el médico fué tambien presa de la epidemia reinante, y en dos dias falleció, dejando á su familia en el mas profundo dolor. Su infeliz esposa le asistió hasta sus últimos momentos, y no le abandonó sino despues que la tierra cubrió los mortales restos del padre de sus hijos.

Las desgracias de esta familia no concluyeron: la pobre viuda, anegada en llanto, y cuyo solo pensamiento era dedicar todos los momentos de su vida á la educación de sus hijos, cayó en el lecho del dolor, y á poco tiempo murió, dejando en la mas completa orfandad á los inocentes pequeñuelos. ¡Pobrecitos! apenas sabían pronunciar esas palabras, que llenan de gozo el corazón de los padres, y las lágrimas daban á conocer la amargura de su desgracia.

Se encontraban solos en el mundo, sin familia y sin hogar.

Pero Dios, que vela por todas las criaturas, veló por

aquellos ángeles, tan puros como las gotas del rocío que se abrigan en las corolas de las flores.

El hizo que un hombre de sentimientos religiosos, de bondadoso carácter y sólida instrucción, acogiese bajo su techo á los huerfanitos.

Este hombre era el maestro de escuela de la población; el vecino quizás mas necesitado, pero sin disputa uno de los que abrigaban mas levantados sentimientos.

Llevó los niños á su modesta casa, y allí encontraron en el maestro al padre de que carecían, si no tan tierno por lo menos tan solícito y cuidadoso. Concluyó por amar á los huerfanitos como el poeta ama lo bello; los niños por su parte eran tan buenos, que no podían hacer mas que dejarse amar.

Así pasaron sus primeros años, cobijados bajo el amparo y protección del maestro, que se esmeraba en enseñarles cuanto sabía, para que con el tiempo fuesen útiles á la sociedad.

Muchas veces le preguntaban por su madre, entonces el maestro les señalaba un cuadro colocado sobre un sillón, y colgado de una escarpia, que representaba la imagen de Ntra. Sra. de los Desamparados.

—Hé ahí á vuestra madre, les decía. Y los niños se arrodillaban juntos, enlazaban sus manecitas en forma de cruz, y rezaban, concluyendo por decir á la imagen:

—¡Te queremos mucho, madre!

El tiempo trascurría velozmente, y Hernando que era ya un hombrecito, tuvo que marchar á Valencia para seguir la carrera del profesorado.

Victorina, que así se llamaba la huerfanita, le vió partir con lágrimas en los ojos, y se quedó elevando fervientes plegarias á la Virgen, para que guiase á su hermano por el camino de la virtud.

Nuestra Señora oyó sus oraciones, porque á los pocos años regresó Hernando al pueblecito con el título de profesor de primera enseñanza, siendo un modelo de jóvenes por sus virtudes y talentos.

La alegría de Victorina y de su protector no tuvo límites. Hernando se encargó inmediatamente de la escuela, para que descansase su padre adoptivo.

Este bajó al sepulcro algun tiempo despues, bendiciendo por los huérfanos, que sintieron aquella pérdida tanto como la de sus padres.

Victor Iranzo y Simon.

LA BIBLIA DE LOS NIÑOS.

V.

Casamiento de Isaac.—Rebeca.—Esaú y Jacob.—El derecho de primogenitura.
—Isaac bendice á Jacob.—Descendencia de Abraham.

Para que las promesas de Dios tuvieran cumplido efecto, tenía que poner Abraham de su parte los medios que la prudencia aconsejaba, así es que encontrándose en edad senil y despues de haber perdido á Sara, determinó casar á su hijo Isaac. Con este fin envió á su siervo Eliezer, que en su casa desempeñaba el cargo de mayordomo, á la Mesopotamia en busca de esposa para su hijo, que deseaba perteneciera á la familia de Nachor, habitante en aquel tiempo en la ciudad de Harán. Partió Eliezer cargado de presentes y con gran comitiva, y llegado al término de su viaje descansó junto á una fuente antes de entrar en la ciudad. Era al caer de la tarde, y las doncellas de la población salían á aquella fuente por agua para sus usos domésticos. Presentóse una de notable hermosura y de virginal candor, é inspirado Eliezer por Dios pidióle de beber. Ella con amabilidad natural sirvióle agua, no solo para él si que tambien para sus camellos, por lo que agradecido el mayordomo de Abraham regalóle unos brazaletes y unos zarcillos de oro. Aquella joven era Rebeca, hija de Bathuel y descendiente de Nachor.

Hospedado Eliezer en casa de los padres de Rebeca concertó prontamente el enlace de ésta con el hijo de su

señor, cuyo casamiento se verificó cuando Eliezer regresó á la casa de Abraham acompañado de la hija de Bathuel y de sus criadas.

De este matrimonio solo resultaron dos hijos: Esaú y Jacob, gemelos, ó sea nacidos de un solo parto. El primero se llamó Esaú, que quiere decir *hombre hecho*, porque era rojo y muy velludo, y en cuanto á Jacob nació asido á un talon de su hermano, y por eso le pusieron el nombre que llevó, que en hebreo significa el *que echa la zancadilla*.

Esaú vivía entregado á la caza, en la que era muy diestro, y como de todas las piezas que mataba daba de comer á su padre, éste le tenía singular predilección por eso y por ser el primogénito. Jacob por el contrario, mas sencillez y de carácter menos aventurero, era habilísimo para todos los cuidados de la casa y ayudaba mucho á su madre, que le amaba mas que á su hermano.

Sucedio que un día regresó Esaú de la caza muy fatigado en el momento en que Jacob sacaba del fuego un potaje de lentejas que acababa de condimentar.

—Dame de eso rojo que has cocido, dijo el primero.

—Véndeme tu primogenitura, le respondió Jacob.

—¿Cuando ves que me estoy muriendo de fatiga, de qué me servirá la primogenitura? repuso Esaú.

—Pues júramelo, insistió Jacob.

Esaú juró y vendió á su hermano el derecho de primogenito por un plato de lentejas que saboreó como si por él no hubiese dado el menor precio.

Trascurrieron años. Isaac llegó á la edad proveya, quedó ciego. Un día dijole á su hijo Esaú:

—Hijo mio Esaú, toma tus armas, la aljava y el arco, sal fuera, y cuando hubieres cazado alguna cosa, hazme de ella un guisado, como sabes que es de mi gusto, y sírvemelo para que me lo coma y te bendiga mi ánima antes que muera.

Esaú marchó á complacer á su padre, mas Rebeca que lo habia oido todo llamó á su querido hijo Jacob y le dijo:

—Ves al ganado y tráeme los dos mejores cabritos para hacer con ellos á tu padre las viandas que come con gusto, y despues que se las haya comido te bendiga antes que muera.

—Pero has de tener en cuenta, dijo Jacob, que mi hermano es hombre veloso y yo lampiño, por lo que si mi padre me palpares para convencerse, al comprender la burla me maldeciría en vez de bendecirme.

—Sobre mí sea esa maldición, hijo mio, oye solamente mi voz y vé á traerme lo que te he dicho, replicó Rebeca.

Jacob obedeció; las viandas fueron condimentadas y servidas á Isaac que las encontró sabrosísimas.

Rebeca vistió á Jacob con las mejores ropas de su hermano, y cubriéndole hombros, cuello y manos de pieles de cabritos pudo de esa manera conseguir que su querido hijo recibiera la bendición que estaba destinada á Esaú.

Isaac bendijo á Jacob creyéndole su primogénito y le vaticinó que todas las tribus y todos los pueblos le rendirían vasallaje, que seria el señor de sus hermanos y que los hijos de su madre se inclinarían ante él. Aseguróle que el que le maldijere maldito sería, y colmado de bendiciones el que le bendijere.

De esa manera el nombre de Jacob fué una verdad, porque supo hacerle la zancadilla á su hermano, que era el primogénito, comprándole sus derechos y recibiendo como si fuera él la bendición paternal.

Esaú sintió la mayor desesperación cuando conoció lo que habia ocurrido y ofreció matar á su hermano; mas enterada Rebeca del peligro que corría su idolatrado hijo lo envió sigilosamente á Harán á casa de su tío Laban en Mesopotamia, con una de cuyas hijas le ordenó contrajera matrimonio para huir de todo contacto con las mugeres de Chanaán. Mas retrocedamos un poco.

Dios habia ofrecido á Abraham numerosa descendencia, y los libros sagrados lo mismo que todo prueban que Dios nunca promete en balde. Antes de tener á su primogénito Isaac tuvo de su sierva Agar, á Ismael, que fué cabeza y gefe de la tribu de los Ismaelitas moradores del

desierto entre el Egipto y la Asiria. Ismael tuvo doce hijos y de ellos resultó numerosa descendencia.

Viudo Abraham de Sara á la edad de ciento cuarenta años tomó por muger á Cetura, que lo hizo padre de Zamram, Jecsán, Madán, Madian, Jesboé y Sué.

Abraham murió á los ciento setenta y cinco años, y fué sepultado en la tumba de su esposa Sara en el campo de Ephrón.

El patriarca Abraham, llamado por su gran fé el padre de los creyentes, es el tronco de que procede el Mesías. En el estudio de su vida se deben aprender dos virtudes que pueden ser muy bien origen de todas las demás.

Salvador María de Fábregues.

VARIEDADES.

MAXIMAS.

La prudencia, cimentada sobre una perfecta educacion, dulcifica los instintos mas feroces.



los niños se entretenian con los juguetes,

La joya mas preciada que todos debeis adquirir, es la instruccion: sin ella todo es ruin y mezquino.

La aplicacion, amados niños, acorta el camino que con la fé de vuestros deseos os conducirá á la cumbre del saber.

No os enorgullezcáis por el privilegio de vuestra inteligencia: el sábio siempre es modesto.

Evitad toda alabanza: solo la quieren los necios.

No olvideis que todo lo bueno emana de Dios.

das con a-que-lla pre-
cio-sa ma-te-ria.

LA ADMINISTRACION.

Suplicamos á nuestros abonados de fuera de esta capital, se sirvan renovar la suscripcion del *segundo* trimestre, que comenzó el dia primero del presente mes, incluyendo su importe en carta al Administrador de *El Jugete*, 16 sellos de cincuenta centimos uno, si no quieren recibir atrasados los números sucesivos. Asimismo recordamos á los suscritores que adeudan el importe del primero nos remitan 32 sellos por el abono de los dos trimestres, de la manera que dejamos indicado, si gustan continuar abonados. La correspondencia y reclamaciones se dirijan á esta redaccion y administracion, calle de S. Cristóbal, núm. 8, entresuelo.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

IMPRESA DE JOÉ M. AYOLDI, CABILLEROS, 7.